

Causa de mi alegría

Fernando Torre, msps.

«Hermanos: en medio de todas nuestras angustias y sufrimientos, la fe de ustedes nos ha dado un gran consuelo –les dice Pablo a los tesalonicenses–. El saber que ustedes permanecen fieles al Señor, nos reaviva. ¿Cómo podremos agradecerle debidamente a Dios el gozo tan grande con que, a causa de ustedes, nos alegramos en el Señor?» (1Ts 3,7-9).

Aunque las malas noticias son las más difundidas, no todo es negativo en nuestro mundo; hay mucho de bueno, sólo que el bien es silencioso y la virtud muchas veces queda oculta. Al igual que san Pablo, necesitamos un oído atento y una mirada limpia para percibir todo el bien que existe a nuestro alrededor.

Tal vez también nosotros, en alguna ocasión, hayamos experimentado alegría y entusiasmo al saber que una persona se ha mantenido firme en la adversidad, ha emprendido una obra en favor de los demás, ha perdonado, ha hecho un acto de generosidad...

Te invito a que recuerdes a alguna persona que haya suscitado júbilo y esperanza en ti. ¿Qué fue lo que hizo? ¿En qué te benefició? Y ahora, desde el fondo del corazón, dale gracias a Dios por ella.

Ojalá que algún día alguien te diga: «En medio de todas mis angustias y sufrimientos, tu fe me ha dado un gran consuelo. El saber que permaneces fiel al Señor, me reaviva. ¿Cómo podré agradecerle debidamente a Dios el gozo tan grande con que, a causa de ti, me alegro en el Señor?»

Si has sido fiel a Dios en el ocultamiento, si has hecho el bien sin «que tu mano izquierda se entere de lo que hace tu derecha» (Mt 6,3), quizá en este mundo nunca escuches una alabanza como ésa. Sin embargo, al término de tu vida, Jesucristo, «que ve en lo secreto» (Mt 6,6), te dirá: «Tu fe me dio un gran consuelo, tu fidelidad me reavivó. Y ahora, agradezcámosle al Padre la alegría que me has dado».